

Con efecto, el pecador, llegando á este estado, desprecia todos los medios que se le ofrecen para convertirse. Cierra sus oídos á los consejos más saludables; resiste con una frente como de bronce á las más sábias correcciones: nada le hace fuerza, ni las penas del infierno, ni las delicias del paraíso, ni el temor de una muerte repentina y desgraciada; ó si alguna que otra vez parece que le mueven estas cosas, es solo con una mocion ligera y superficial. Decidle cuanto quisierais, y no hará caso. Cual otro Lázaro en su sepulcro, está envuelto en una sábana y ligado con ciertas fajas, de que jamás se desenvolverá, y en las que llegará á corromperse, á no ser que la voz del Todopoderoso le resucite. Mas, ¡oh Dios mio! ¿no habrá ahora lugar á algun prodigio á favor de estos difuntos? ¿no habrá ya médico que les pueda curar? Si, hermanos míos, aún hay algunos remedios para el pecador consuetudinario. Jesucristo murió por todos nosotros, y nos mereció remedios eficaces para nuestros males: os voy á proponer algunos de ellos, que, con el socorro de la gracia, podrán contribuir á vuestra conversion.

2. El primer medio de que debe usar el pecador para corregir su mala costumbre, consiste en tener una sincera voluntad de convertirse. Cuéntase, que una hermana del angélico doctor Sto. Tomás dijo cierto dia á su hermano: tú, que estás tenido por hombre sábio, ¿no me dirás qué debo hacer para salvarme? Hermana, le respondió el santo doctor, para salvarse es necesario quererlo.

El segundo medio que os propongo, consiste en que busqueis un director sábio é instruido, que os dé saludables consejos, los que deberis seguir con fidelidad. Cuando Jesucristo resucitó á Lázaro, ordenó dos cosas, que los confesores deben practicar con los pecadores de costumbre, de quienes Lázaro era figura, como enseñan los santos Padres. En primer lugar, mandó quitar la piedra que impedia la salida al muerto. Despues dispuso, romper las ligaduras que no le dejaban andar. La piedra en que consiste el mayor obstáculo á la conversion del pecador, es la ocasion, que le hace recaer. Quitad esa ocasion, es dice el ministro del Señor, es necesario obedecer: salid de esa casa, dejad esa compañía, esos juegos, esos lugares, en que acostumbrais jurar y blasfemar; esas conversaciones peligrosas, que os hacen ofender á Dios; esas familiaridades con personas del otro sexo. Pero esto no basta: es necesario romper los lazos que os tienen atados á vuestra mala costumbre, y que os impiden caminar por el camino de la salvacion. Siempre que cometiereis algun pecado de impureza, ayunareis y mortificareis esa pasion; mortificando, por ejemplo, los ojos, las manos, la lengua. Por cada juramento que echareis, dareis una

limosna. Para cada pecado de costumbre hay una cierta penitencia: esto se os ha dicho cien veces; con todo eso, no haceis penitencia alguna: pues ¿cómo quereis aparentar que os convertireis?

El tercero y último medio que os aconsejo, es la oracion. Escuchad lo que el Espíritu Santo os dice en el libro del Eclesiástico: *Fili, peccasti, non adjicias iterum, sed et de pristinis deprecare, ut tibi dimittantur* (Eccli. xxi, 4). Hijo mio, has ofendido al Señor; guárdate, pues, de añadir pecado sobre pecado, dejando se lleguen á envejecer por una perniciosa costumbre: ántes, al contrario, procura salir inmediatamente de ese estado, implorando la divina misericordia para alcanzar perdon de la ofensa. Pero no os contenteis, amados hermanos, con pedir á Dios, de tiempo en tiempo, vuestra conversion: gemid continuamente bajo el peso de vuestros pecados: juntad vuestras lágrimas á las que Jesucristo derramó por los pecadores. Solo Jesucristo puede resucitar á una alma muerta por el pecado de costumbre: solo su omnipotente voz puede hacer salir al pecador de su sepulcro.

¡Ay! hermanos míos, ya es tiempo de cesar de hacer mal y empezar á hacer bien. Pues habeis oido cuán peligrosa es la mala costumbre, oponeos á ella desde luego. Padres y madres de familia, cuidad de reprimir las malas inclinaciones de vuestros hijos: si os descuidais en reprimir esa inclinacion que les lleva al mal, vereis, dentro de poco, engendrada una mala costumbre, que ya no podreis corregir; pues será una segunda naturaleza. Y vosotros los que os hallais ya en este triste estado, considerad las funestas consecuencias que trae consigo, y abrazad con ánimo varonil los medios que acabo de proponeros para salir de él. Si teneis en ello algun trabajo, acordaos, hermanos míos, que, por último, conviene salvarse, y nadie puede llegar al cielo sin hacerse violencia. Decid á Dios con el Rey penitente: *De necessitatibus meis erue me* (Psalm. xxiv, 7). Apartadme, Señor, de mis malas costumbres: curad mis llagas: ellas están inveteradas, yo lo confieso y me avergüenzo de haberlas dejado envejecer hasta el presente. ¡Haced misericordia de mí, Dios mio! y resucitadme; porque yo ¡ay de mí! estoy como muerto á vuestros ojos: resucitadme ántes que me entierren en el sepulcro. Haced que me convierta, y que viva tan santamente en adelante, que merezca alabar vuestra infinita misericordia por toda la eternidad. Así sea.



## DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

**HÁBITO MALO Ó MALA COSTUMBRE.**—En el cristianismo no ha de darse poca importancia á un hábito malo ó mala costumbre.

Los hábitos santos ó las santas costumbres no deben suprimirse ni variarse, sino para conseguirse un bien mayor.

**HÁBITOS BUENOS.**—Debemos habituarnos al bien; pero no debemos obrarlo por hábito.

Debemos habituarnos al bien, para encontrar fácil el camino de la virtud.

**HÁBITOS BUENOS.**—Los hábitos buenos nos hacen triunfar de la flaqueza de nuestro cuerpo.

Los hábitos buenos hacen que obremos el bien con alegría.

Los hábitos buenos nos hacen aprovechar las buenas ocasiones.

**HÁBITOS BUENOS.**—Los hábitos buenos nos hacen experimentar la suavidad del yugo de Jesucristo.

Los hábitos buenos se adquieren con la multiplicación de las buenas obras.

Los hábitos buenos nos habilitan para ocuparnos en las obras más santas.

**HÁBITOS MALOS.**—Los malos hábitos son cadenas por medio de las cuales el demonio nos retiene en el pecado.

Los malos hábitos son presagios de nuestra impenitencia.

**HÁBITOS MALOS.**—Los malos hábitos, peculiares á cada condición, hacen peligrosas todas las condiciones.

Los malos hábitos, en cualquier estado, hacen nuestra conversión sospechosa, en el concepto de las personas á quienes manifestamos nuestro deseo de cambiar de vida.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Ossa ejus implebuntur vitiis* | Sus huesos estarán impregnados de los vicios de su mocedad;  
*adulescentiæ ejus, et cum eo in*

*pulvere dormient.* Job. xx, 11. los cuales yacerán con él en el polvo del sepulcro.

*Iniquitates meæ supergressæ sunt caput meum: et sicut onus grave gravatæ sunt super me.* Mis maldades sobrepujan por encima de mi cabeza; y como una carga pesada me tienen agobiado.  
Psalm. xxxvii, 5.

*Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.* Prov. xxii, 6. La senda por la cual comenzó el jóven á andar desde el principio, esa misma seguirá también cuando viejo.

*Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit.* Idem, xviii, 5. De nada hace ya caso el impio cuando ha caído en el abismo de los pecados.

*Væ qui trahitis iniquitatem in funiculis vanitatis, et quasi vinculum plaustris peccatum.* Isai. v, 18. ¡Ay de vosotros que arrastrais la iniquidad con las cuerdas de la vanidad, y al pecado á manera de carro del cual tirais como bestias!

*Confusi sunt, qui abominationem fecerunt: quinimò confusione non sunt confusi, et erubescere nescierunt.* Jerem. viii, 12. ¿Están acaso corridos de haber hecho cosas abominables? Ni aún ligeramente han llegado á avergonzarse, ni saben qué cosa es tener vergüenza.

*Video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in lege peccati, quæ est in membris meis.* Rom. vii, 23. Mas al mismo tiempo echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste á la ley de mi espíritu, y me sojuzga á la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo.

*State, et nolite iterum jugo servitutis contineri.* Galat. v, 1. Manteneos firmes, y no dejéis que os opriman de nuevo con el yugo de la servidumbre de la ley antigua.

*A quo quis superatus est, hujus et servus est.* II Petri, ii, 19. Quien de otro es vencido, por lo mismo, queda esclavo del que le venció.

## FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

El cuadro que más perfectamente nos presenta la diferencia entre los pecadores, que lo son por fragilidad, y los que lo son por hábito, es el que nos ofrecen los egipcios y los israelitas: los primeros, acos-



tumbrados ya á un gobierno tiránico, sufrían sin queja la opresion y la esclavitud, miéntras los segundos, acostumbrados á la libertad, suspiraban por la misma, y sólo esperaban una ocasion oportuna para sacudir el yugo de Faraon.

Al mal hábito en el obrar, sigue comunmente la obstinacion. Así lo vemos en Faraon, que, á pesar de tantos avisos, de tantos prodigios y terribles plagas, se perdió tras los ensueños de su corazon obstinado (Exod. xiv).

El infeliz Sanson, preso por los filisteos, privado de la vista y condenado á dar movimiento á una rueda de molino, es una imágen muy viva del pecador que lo es por hábito (Judic. xvi).

No es ménos saludable para el pecador, que lo es por hábito, la vergonzosa degradacion en que cayó Salomon, á pesar de su gran sabiduría, adorando tantos ídolos vanos por complacer á sus concubinas extranjeras (III Reg. xi).

Ténganse presentes para este asunto, el paralítico de treinta y ocho años (JOANN. v); el jóven endemoniado y lunático *ab infantia* (MARC. ix); Lázaro resucitado por Jesucristo con tantas lágrimas y gemidos, por haber ya entrado su cuerpo en el estado de putrefaccion (JOANN. xi); y el infeliz Judas, llevado de la avaricia y acostumbrado á defraudar las limosnas piadosas: *Fur erat, et oculos habens* (JOANN. xii).

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Permolestum est, et vix toleratu possibile vel ipsis brutis amovere à consuetudine.* S. Basil. Hom. 5.

*An ignoratis quantam vim habeat consuetudo peccandi, ut excludat naturam?* S. Ambros. in Psalm. 1.

*Magna est consuetudinis tyrannis, adeoque magna, ut perinde cogat ac natura,* S. Chrysost. Hom. 7 in cap. 4 ep. 1 ad Cor.

*Malum non natura, sed nimia consuetudine, et amore*

Es cosa muy repugnante y casi imposible, aún en los mismos irracionales, corregir un hábito contraido.

¿Ignorais, acato, que la costumbre de pecar tiene tanta fuerza, que sojuzga á la misma naturaleza?

Grande es la tiranía de la costumbre, y tan grande, que hace al hombre tanta violencia como la naturaleza.

No se arraiga en nosotros el mal por obra de la naturaleza,

*peccati firmatur, sic ut in naturam conversum videatur.* S. Hierom. in Jerem. 13.

*Ex voluntate perversa facta est libido, et dum servitur libidini, facta est consuetudo, et dum consuetudini non resistitur, facta est necessitas.* S. August. lib. 8 Confess. cap. 5.

*Reformidabam quasi mortem consuetudinis mutationem.* Id., ibid. cap. 7.

*Tanto amplius in voluptate superanda voluntas laborat, quanto ei majores vires consuetudo dedit.* Id., lib. 6 contr. Julian.

*Primo tibi videbitur aliquid impossibile, processu temporis non judicabis adeo grave, paulo post et leve senties.* S. Bernard. lib. 1 de Considerat.

Véase: LÁZARO.

sino por un hábito contraido y por la inclinacion al pecado, convirtiéndose al parecer en una necesidad natural.

De una voluntad perversa se origina la lujuria, tras la lujuria se contrae la costumbre, y una vez admitida la costumbre, el hábito se convierte en necesidad.

Yo temia como á la muerte el cambiar de hábitos.

Es tanto más difícil á la voluntad vencer los ímpetus de la lujuria, cuanto mayores son las fuerzas que tiene la costumbre.

La primera vez (el pecado) te parecerá un hecho imposible; con el tiempo, ya no lo tendrás por tan grave; y por último, te parecerá un leve desliz.



## HEMORROISA.

(LA)

*Mulier, que sanguinis fluxum patiebatur... tetigit fimbriam vestimenti ejus.*

Una mujer, que padecía un flujo de sangre... tocó el ruedo de su vestido.

(MATH. IX, 20.)

A la sazón en que Jesucristo estaba junto al mar de Tiberiades, enseñando al pueblo, rogóle Jairo, príncipe de la sinagoga de Cafarnaum, que fuese á curar á su hija única; entónces el Salvador se dirigió á este pueblo, y en el camino obró el milagro, de que voy á hablaros. Vivía en la comarca de Cafarnaum una infeliz mujer, que había padecido por espacio de doce años, y padecía todavía, un obstinado flujo de sangre. Para colmo de desventura, había gastado toda su hacienda. Una multitud de médicos, llamados á curarla, habíánla sometido, como sucede generalmente, á medicamentos más incómodos y más dolorosos que la misma enfermedad, y la habían reducido á la miseria. ¡Si á lo ménos hubiera alcanzado algun alivio! Pero le había acontecido todo lo contrario. Los médicos que se habían sucedido en esta curación, en un principio, se la habían dado por cosa fácil; mas, al fin, ninguno de ellos había podido curarla; y léjos de haber experimentado la paciente el menor alivio, despues de una cura tan larga, lo pasaba peor. Abandonada, pues, como incurable, porque no tenía ya que gastar, y privada de todos los remedios humanos, pensó recurrir á los divinos; y habiendo oido hablar mucho de Jesucristo y de sus milagros, creyó firmemente que solo él podía curarla. Acercóse pues á él, tocó el ruedo de su vestido, y al instante recobró una salud perfecta. Meditemos hoy, hermanos míos, este prodigio, á fin de que, aprendiendo como se llega al corazón de Jesucristo, se digne él derramar en el nuestro las riquezas de su amor, que ha prometido á las almas rectas y sinceras. Pidámosle ántes el auxilio de la gracia por la intercesión de la Virgen Santísima. A. M.

1. La ley prohibía, bajo penas muy severas, á las mujeres acometidas de la enfermedad que padecía la hemorroisa, entrar en las

ciudades ó dejarse ver en poblado, y por eso esta infeliz habitaba en campo raso. Pero cuando se hallaba doblemente afligida por la enfermedad, de cuya curación le habían hecho los médicos desesperar, y por la imposibilidad de acercarse al Médico divino, que era el único que podía curarla, ve un día, desde léjos, venir una gran multitud de gente, y oye que entre ellos venia Jesucristo. A esta noticia deja su habitación, se presenta en el camino, y espera á que pase el Señor por allí. Entre tanto, mirando atentamente á lo léjos, lo distingue entre la turba por su estatura esbelta, por su frente majestuosa, por su mirada divina, y por su semblante divino, miéntras que una voz secreta le dice en lo íntimo del alma: «Ese es Dios.» A esta vista y á esta voz, siente palpar su corazón de esperanza en el divino Médico, y solo piensa en el modo de pedir la gracia, no dudando un momento de obtenerla. Agitada y afligida, audaz y tímida, humilde y franca á un tiempo mismo, se adelanta unas veces, y otras retrocede: penetra por medio de la turba que sigue al Señor, hace poderosos esfuerzos por acercarse á Jesús; pero se avergüenza de sí misma, como inmunda, y se cree indigna de presentarse cara á cara. ¿Qué hará pues? ¿Qué es lo que espera? Oídlo. Ella ha dicho entre sí: Con que pueda solamente tocar su vestido, me veré curada. ¡Oh feliz pensamiento de esta mujer afortunada! No se sabe que admirar más, si la humildad ó la fé de esta mujer. Su humildad es verdaderamente profunda y heróica. Ella ha resuelto tocar el vestido del Salvador, porque se cree indigna de tocar tan siquiera los piés de Jesucristo. Y notad, que aún del vestido mismo del Señor no se atreve á tocar la parte superior, sino solamente la orla exterior: ¡tan humilde es el concepto que tiene formado de sí misma!

Y ¿qué diremos de su fé? Ella es el contraste y la censura de la fé de los judíos. Jairo cree que Jesucristo no puede curar su hija si no va á su casa y la toma por la mano. Esta mujer, al contrario, piensa que solo con tocar el vestido de Jesucristo, sin que Jesucristo haga ni diga nada, y aún sin que lo advierta, quedará al instante curada; y no solo lo piensa, sino que lo cree; no solo lo espera, sino que está segura de ello. Una confianza tan viva no podía engañarla; como lo creyó, así aconteció. Apenas, inclinándose y extendiendo el brazo al través de la multitud, logró tocar la extremidad de los vestidos del Salvador, el manantial de sangre se le secó; y como tocada por una mano invisible, percibió en su cuerpo que ya estaba curada de su enfermedad.

¡Cuán magnífico y cuán bello es este portento del Señor! ¡Cuán espléndida es esta prueba de su divinidad! Y ¿quién otro, sino Dios,